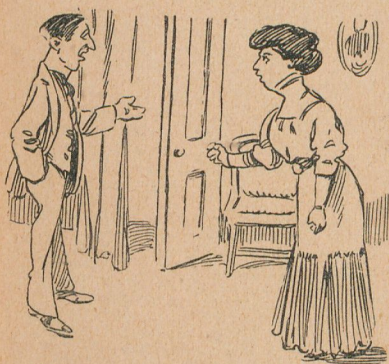


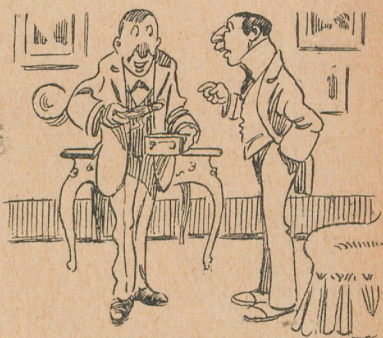
—¿Le presentaste la cuenta?  
 —Sí.  
 —¿Y qué te dijo?  
 —Me mandó al infierno.  
 —¿Y qué has hecho tú?  
 —He venido aquí.



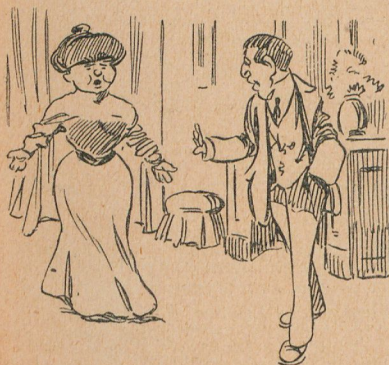
—El silencio es oro, ¿verdad?  
 —Así dicen.  
 —Entonces las bodas entre mudos deben ser bodas de oro.



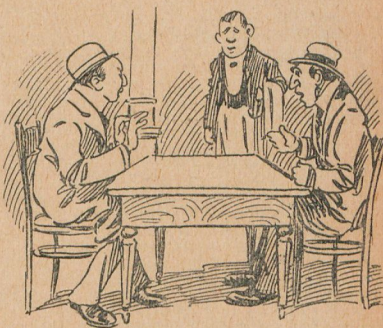
Ella.—Pero, vamos á ver, ¿por qué me engañas con otra mujer más fea que yo?  
 El.—Pues por eso, porque no hay otra más linda que tú.



—Estos cabellos son de mi primera novia.  
 —Pero si son blancos.  
 —Es que como hace tantos años que los tengo habrán encanecido.



—¡Eres un dejado! ¿Por qué no te cepillas la ropa?  
 —¿Cepillarme? Yo no soy sirviente mío.



—¿Quiere usted café ó un cognac?  
 —Gracias. El café me hace bien al estómago, pero me revoluciona los nervios, y el cognac me calma los nervios, pero me abraza el estómago.  
 —Entonces...  
 —Déme un café con cognac.